

In Memoriam

# DAVID SOBREVILLA ALCÁZAR, INTELIGENCIA IMPULSORA DE LA CULTURA HUMANÍSTICA

En este número la revista *SAPERE* rinde un sentido homenaje a este irrepetible maestro universitario y representante cabal de la intelectualidad peruana cuyo apostolado resulta un eficaz instrumento para interpretar adecuadamente las realidades que nos constituyen.



Para acercarnos a su figura intelectual y a las inquietudes que llenaron su vida, es obligado realizar una breve incursión biográfica. Este filósofo, lo fue en altísima medida, nació en Huánuco, ciudad donde realizó sus estudios primarios y secundarios. Pasado los años se trasladó a la ciudad de Lima para estudiar Derecho y Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Posteriormente, obtuvo su doctorado en Filosofía por la Universidad de

Tubinga (Alemania). Ha sido profesor visitante en las universidades de Carabobo (Venezuela), Madison (Wisconsin) y Davis (California). El año 1995 obtuvo una beca de investigación para trabajar en la universidad de Kiel (Alemania) bajo la dirección de Robert Alexy. Fue miembro fundador del Instituto de Investigación sobre Pensamiento Peruano y Latinoamericano (IIPPLA). Fue nuestro profesor del doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad San Martín de Porres, docente en las Universidades de San Marcos, Lima y Ricardo Palma.

No le fue ajeno ninguno de los dominios tradicionales de las diversas disciplinas del conocimiento: lógica, historia, antropología, derecho y literatura cuya destreza, en esta última disciplina, puso de manifiesto al haber analizado con rigor y perspicacia como ninguno, toda la obra de César Vallejo.

David Sobrevilla, discursó provechosamente sobre numerosos temas y problemas de la historia del pensamiento filosófico occidental, según se echa de ver en su obra reconocida internacionalmente: *“Repensando la Tradición Occidental”*.

Esmerado discípulo académico de Juan Bautista Ferro y Augusto Salazar Bondy, dos de los más preclaros pensadores del siglo pasado que nuestro país puede exhibir con orgullo nacional. Su vida como investigador gira en torno al abordaje que hizo sobre la Filosofía del Derecho en la época del Virreinato, la Emancipación, la Independencia y de los siglos XX y el presente, textos que lo revelan como el más acabado introductor de la Filosofía Analítica en el ámbito del Derecho.

Excepcional valor revisten sus estudios más estrictamente relativos a la edición de textos. La riqueza de la filosofía analítica fue de la mano con un tenaz apego a los métodos diseñados para la enseñanza de la cultura grecolatina.

Serio, cultísimo, hombre de silencios compartidos y como suele ocurrir en esos casos conversador extraordinario, fue sin duda el intelectual más dotado y encumbrado menos vanidoso y complaciente que la vida me ha dado conocer a excepción de mis dos maestros Juan Bautista Ferro y Darío Herrera Paulsen.

Jamás presumió de nada, quizás porque solo se presume de lo que no es evidente. Su engalanada personalidad era una cosa del alma. En los últimos

tiempos le desazonaba sobre todo la situación de nuestro país, la conducta moral de los políticos, los ataques mezquinos a la Universidad de quienes más debieran cuidarla.

Un filósofo grande se va, siempre, para quedarse. Toda su vida y su final de vida han sido ejemplares. Nos será muy difícil continuar sin él en esto que cada vez parece más un naufragio intelectual. Se le echará de menos. Honraremos su memoria. Se transmitirá su vocación por la cultura humanística y seguiremos, académicamente más solos, más fuertes y más tristes.